

YRIGOYEN. DEL RETORNO AL PODER A LA CRISIS

"[...] en nuestro país no hay más que tres partidos que corresponden a las tres clases fundamentales de la sociedad argentina, [...]: el Partido Conservador, que representa a los terratenientes y a los ganaderos; el Partido Radical, que es el representante de las clases medias; el Partido Socialista, que es el partido de los asalariados. Estos son nuestros partidos históricos, salidos de la evolución de nuestra sociedad y formados por las clases en esa oscura y lenta elaboración de concreciones políticas, doctrinarias e ideológicas que caracterizan la obra secular de las categorías económicas en las sociedades humanas. Los demás grupos son siempre desprendimientos de los partidos básicos hechos a su derecha o a su izquierda, generalmente por descontentos y ambiciosos y, con mucha frecuencia, por cuestiones personales y por motivos inconfesables.

La característica de esos grupos artificiales es su impotencia y su irresponsabilidad. Nunca un grupo de éstos ha conseguido suplantar al partido básico del cual procede. El demócrata progresista, mezcla de radicales y conservadores, nada ha podido contra esos dos partidos; los antipersonalistas han probado su ineptitud para absorber a la Unión Cívica Radical; los comunistas y los socialistas independientes no han conseguido sustituir el Partido Socialista de cuyo seno salieron. [...] La acción de esos grupos minoritarios es perturbadora y destructora, y les falta toda responsabilidad, porque al agotarse, esos grupos se dispersan y no hay manera de imponerles las sanciones que reciben los partidos orgánicos, [...]"

JOAQUÍN COCA: El Contubernio. Memorias de un diputado obrero. Buenos Aires, La Campana, 1981. pp.160-161.

"Para el Ejército y su vida interna, el retorno de Yrigoyen representó el comienzo de un período de inestabilidad sin precedentes. Jamás un traspaso pacífico del poder presidencial se vio seguido por desplazamientos de personal tan amplios como los que ocurrieron entonces, o por una atmósfera de tanta incertidumbre e improvisación como la que comenzó a prevalecer en la organización militar. Más aún, desde el punto de vista de la influencia sobre el cuerpo de oficiales, las condiciones no fueron distintas de las que habrían de llegar a ser dolorosamente familiares en las décadas futuras, después de cada golpe o intento de golpe. [...]"

ROBERT A. POTASH: El Ejército y la política en la Argentina. 1928-1945. De Yrigoyen a Perón. Buenos Aires, Sudamericana, 1981.

"[...] En la Argentina radical, entre 1916 y 1930, la hegemonía pluralista de la burguesía tiende a expresarse a través de una red de instituciones que operan como mediadoras entre la sociedad civil y el Estado, en las que paulatinamente, entonces,

se debilitan los partidos políticos y se fortalecen las corporaciones o asociaciones de interés. Hay, en consecuencia, un fortalecimiento de la sociedad civil en dirección corporativista y no democrática. Simétricamente, también se fortalece el Estado, aunque lo hace especialmente en el plano de la coerción político-ideológica y de la intervención en la economía, [...] a largo plazo, la lógica que explica el funcionamiento de un sistema político como el sugerido, con un componente adicional muy significativo como es la generalización de una cultura política golpista (referida no solo a la práctica del golpe de Estado, por cierto), tiende a debilitar a una y a otra, aunque no necesariamente en igual medida o proporción. [...] Así, entonces, los sectores sociales y políticos identificados con la oposición a la burguesía oligárquica no alcanzan a constituir un bloque sólido, homogéneo, fuerte, capaz de asegurar el espacio de democracia política. Por el contrario se fragmenta, confunde al aliado potencial con el enemigo principal y allana el camino para el retorno oligárquico. Es cierto, durante 1916, tal vez incluso 1912 a 1930, la democracia política se amplía. Pero no necesariamente se fortalece. [...]"

WALDO ANSALDI: "Estado, partidos y sociedad en la Argentina Radical, 1916-1930", Cuadernos de CLAEH, 50, Montevideo, septiembre 1989.

Un verdadero plebiscito

Se ha debido remontar la organización partidaria luego de la fractura del año 24. Se ha viajado, se ha llegado a los rincones más apartados del interior con la consigna: Yrigoyen o la oligarquía!... Ahora o nunca el pueblo o la pérdida de los derechos conquistados. Asistencialismo y proselitismo se conjugaron y dieron los resultados esperados. El país se pronunció en forma masiva. Los cómputos registraron una participación del orden del 81% de los ciudadanos inscriptos: 838.583 votos, más del 57% de los sufragios legitimaron el retorno de Yrigoyen a la presidencia. A diferencia de 1916 el presidente gobernaría con mayoría propia en la cámara de Diputados. La Unión Cívica Radical se ha transformado en un movimiento popular de alcance nacional y ha demostrado su presencia a la hora de las definiciones. Los comités han sido las piezas vitales de la campaña electoral. El partido ha precisado en su discurso y su programa definiciones ideológicas respecto de cuestiones sociales y económicas que ya no podía soslayar: la nacionalización de la riqueza petrolífera fue una de las banderas y el propio Yrigoyen mencionó la necesidad de profundizar las mejoras -todavía insuficientes- que requería el país trabajador. La oposición no pudo concretar una fórmula capaz de detener el retorno de Yrigoyen. La élite se sintió desplazada del poder y desprotegida; con la sensación de no disponer del control de la nueva situación. En el ambiente militar se temía la revancha que se manifestó en el desplazamiento de la oficialidad en actividad sospechada de antiyrigoyenista. La crisis internacional haría lo suyo para que el plebiscito del 28 se transformara en descontento y oposición, pero también en parálisis de los sectores populares ante el ingreso de los militares en la Casa Rosada.

La oposición política

Quienes acompañaron a Yrigoyen en el gabinete de 1928 representaban la nueva dirigencia política surgida de la militancia partidaria; entre los antecedentes para el cargo ministerial pesó en forma decisiva la lealtad al presidente. Volvieron personajes como Elpidio González al frente del ministerio del Interior y el general Dellepiane en la cartera de Guerra; figuras irritativas para la oposición. Antes de asumir falleció el vicepresidente Francisco Beiró y fue necesaria una segunda reunión del Colegio Electoral para decidir la sucesión. Finalmente la elección recayó en Enrique Martínez, gobernador electo de Córdoba. El Senado era el único ámbito donde los antipersonalistas y conservadores podían hacer valer su condición de mayoría y allí se atrincheró la oposición. En la cámara Baja contaron con el aporte de los socialistas independientes quienes tomaron la iniciativa de presentarle una lucha frontal al gobierno. Por su parte el socialismo tradicional y los demócratas progresistas observaron una actitud sólo relativamente pasiva y distante del frente opositor; el primero con una crítica más acentuada a los Independientes, y el segundo concentrado en la lucha política a la provincia de Santa Fe. Perdidas las esperanzas de una intervención a la provincia de Buenos Aires y todavía inmadura la idea de una revolución cívico militar, los partidos políticos de oposición acordaron aislar al gobierno y debilitarlo con sucesivos triunfos electorales y un buen manejo de los medios periodísticos para denunciar irregularidades administrativas que lo desprestigiaran ante la opinión pública; unir voluntades y generar el contexto que hiciera necesario exigirle al presidente la renuncia y vestir de cierta legitimidad formal el golpe de estado.

Lo cierto es que la aparente fortaleza que el plebiscito del 28 había dado a los yrigoyenistas no les permitía ver que el partido se estaba volviendo inmanejable para el propio Yrigoyen y se fracturaba en liderazgos que también especulaban con ganarse el favor y la herencia política del anciano líder. La consecuencia de este estado de cosas dentro de las filas radicales fue una creciente inercia por parte del equipo de gobierno próximo al presidente y un desempeño aún más pobre y opaco en el Congreso al límite de volverlo inoperante. Los resultados estuvieron a la vista en las elecciones legislativas de 1930. En la capital los conservadores pidieron el voto para los antipersonalistas o para los socialistas. Comparadas con las del 28, los radicales yrigoyenistas bajaron el porcentaje de votos obtenidos a un poco más de la mitad, quedando en minoría junto al socialismo. Los socialistas independientes con el 36% de los sufragios ganaron 10 bancas. A nivel nacional la U.C.R. había logrado 620.765 votos, un 41,57 % contra los 614.336 de los partidos de la oposición distribuidos en orden de importancia entre conservadores, socialistas independientes, antipersonalistas, socialistas de Justo y demócratas progresistas. El electorado, como subrayó en su comentario el diputado obrero Joaquín Coca, siguió a los grandes partidos orgánicos (conservadores, radicales y socialistas) y en porcentajes menores volcó sus votos a disidencias circunstanciales, poco representativas de las tres grandes tendencias políticas argentinas. La oposición siguió operando en bloque para socavar a la fuerza representativa de las mayorías populares. Un análisis más fino de los cómputos por provincia demostró que en todas -salvo en La Rioja, Jujuy, Salta y San Juan, esta última intervenida- los radicales habían bajado significativamente los

porcentajes de votos obtenidos en las presidenciales. Roberto Etchepareborda subraya que ante estos resultados el radicalismo no advirtió el peligro y siguió inoperante, mientras que las fuerzas de derecha no canalizaron su triunfo en promover y ahondar su batalla en los comicios y se afirmaron en el terreno de la conspiración. Claro está que otros factores deben tenerse en cuenta para comprender esta actitud golpista de las fuerzas políticas y de la sociedad en su conjunto.

La sociedad militar

El nuevo gobierno desplazó de los puestos de mando al elenco militar que había acompañado al presidente Alvear. Según cálculos de Robert Potash, al año de haber asumido la nueva administración, los desplazamientos habrían afectado al sesenta por ciento del total del cuerpo de oficiales; un hecho sin precedentes que recayó fundamentalmente en los oficiales identificados con la logia General San Martín. Entre ellos destaca Orona el pase a disponibilidad del coronel Luis García, ex presidente de la Logia y ex director del Colegio Militar quien luego de su retiro del servicio activo reapareció como columnista del diario La Nación y utilizó este importante espacio para denunciar lo que consideraba serias irregularidades en la conducción superior del arma y socavar a través de sus editoriales la lealtad del cuerpo de oficiales a la plana mayor de la institución militar. En coincidencia con estos hechos a principios de 1929 por razones de salud el ministro de Guerra, teniente general Dellepiane, debió ausentarse un tiempo y delegó la cartera en Elpidio González quien -como se recordará- había desempeñado el cargo durante la primera presidencia de Yrigoyen y conservaba con el presidente una amistad entrañable que lo hacía altamente influyente. En esta segunda gestión no dejó de implementar una política teñida de favoritismos; y por lo tanto fue una figura altamente irritativa en el medio castrense antiyrigoyenista. De hecho, tras su breve paso por el ministerio de Guerra se ahondó el descontento militar y tuvo incluso eco en el Congreso donde el legislador Héctor González Iramain fracasó en su intento de que se votara una resolución de interpelación. El favoritismo se tradujo en ciertas reincorporaciones al servicio activo con antigüedad de grado reconocida, de tal manera que -a la hora de los ascensos- quienes habían sido agraciados se interponían a aquellos oficiales que no habían abandonado el servicio y que les correspondía la promoción por méritos o antigüedad. Estos, sin embargo, no eran los únicos temas que mantenían atentos a los hombres de armas.

En orden a evaluar la importancia de los gastos militares en el presupuesto de esta tercera presidencia radical, los historiadores coinciden en destacar que los gastos en concepto de equipamiento tendieron a disminuir. La fábrica militar de aviones de Córdoba permaneció inactiva por falta de presupuesto y se detuvieron los proyectos de obras e instalaciones que se venían llevando a cabo durante la presidencia de Alvear. Por el contrario el gobierno fue generoso con las partidas destinadas al personal militar en concepto de aumentos generales de sueldos y pensiones que fueron equiparadas a los ingresos del personal en servicio. Asimismo se acordaron por leyes especiales pensiones que beneficiaron a familiares civiles. Recién en 1929 el poder ejecutivo congeló los ascensos de grados superiores a partir de coronel y de

capitán de navío. Pero esta última decisión vino a sumarse a un clima general de descontento y otros aspectos jugaron a favor de un compromiso de ciertos grupos de oficiales con proyectos de subvertir el orden constitucional.

Ideologías extrañas

Bajo este concepto y desde fines del siglo pasado se acostumbraba a calificar a quienes difundían en las primeras organizaciones obreras los principios socialistas y anarquistas que fundamentaron la lucha del proletariado europeo. Cabría también incluir, ya en la década del veinte, otras influencias ideológicas de la derecha autoritaria europea que comenzaron a ganar espacio entre los jóvenes universitarios argentinos. En esta línea y desde mediados de la década del veinte tomó cuerpo una corriente de opinión antidemocrática que ponía en duda los beneficios del sufragio universal y advertía sobre la necesidad de gobiernos fuertes como única garantía de orden cuando los desbordes provocados por líderes demagógicos volvían ingobernables a los sectores populares. Entre las publicaciones que servían a la difusión de estas ideas se contaba desde 1925 *La Voz Nacional*, fundada por Juan E. Carulla y a partir de 1927 *La Nueva República* de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta; semanario que saludó el advenimiento de Yrigoyen definiendo la democracia como "... la dictadura incontrolable de la chusma y de los demagogos..." Más tarde se sumaría *La Fronda* donde participarían los hermanos Carlos y Federico Ibaguren.

Algunas de las plumas que se expresaban a través de estos medios estaban relacionadas con el que fuera Inspector General del Ejército hasta 1928, el general José Félix Uriburu, sobrino del ex presidente y miembro conspicuo de los círculos oligárquicos que se reunían en el Jockey Club. Rouquié subraya que ya a fines del 27 los contactos entre este militar y los jóvenes nacionalistas eran fluidos, al punto de haber sido invitado de honor en el banquete que celebró el primer año de vida del semanario antes mencionado. En esta oportunidad Uriburu se habría comprometido con un movimiento destinado a quitarle el poder a los radicales, aunque también habría condicionado su participación al apoyo del ejército y de la opinión pública. Era necesario -opinaba el general- crear el ambiente revolucionario en la calle.

Lentamente fue tomando forma la idea de presentar al ejército como el instrumento más idóneo para la regeneración de los valores subvertidos por la demagogia de los políticos radicales. En el mes de mayo de 1929 Uriburu se retiró del servicio activo y comenzó a trabajar para ganar voluntades en el cuerpo de oficiales. A fin de año los jóvenes nacionalistas se organizaron en el marco de la Liga Republicana que protagonizó el necesario clima de violencia en las calles al medirse con el Klan radical en enfrentamientos que contribuían a generar la idea de desgobierno. Pero el general tenía sus propios proyectos. Pensaba en una dictadura militar temporaria y prefería que los políticos no participaran de la dirección del movimiento. Creía que el verdadero cambio era posible solo a través de una reforma política profunda que restringiera o transformara la representación del sufragio. Según el entonces teniente coronel Pedro Pablo Ramírez, los juramentados debían aceptar previamente estas condiciones. Rouquié interpreta que quizás el recuerdo que Uriburu tenía de su participación en la revolución del noventa lo ponía al reparo de reeditar

desinteligencias que podían desviar el movimiento de sus propios objetivos revolucionarios.

Muy distintas eran las expectativas del ex ministro de Guerra de Alvear. Agustín P. Justo había tenido que desmentir a través de la prensa rumores que lo involucraban con un golpe militar tendiente a impedir el regreso de Yrigoyen a la presidencia. Desde entonces no había abandonado la idea de un golpe de estado pero tenía ciertos reparos de legalismo con respecto al restablecimiento de la disciplina dentro del arma y de la Constitución dentro del sistema republicano. En este sentido buscaba una salida legal que creía ver en un presidente pro tempore del Senado hasta un nuevo llamado a elecciones después de un breve período de transición. El general José María Sarobe dejó sus memorias sobre la Revolución que derrocó a Yrigoyen y sus vivencias fueron importantes en la medida en que ofició de enlace entre Justo y Uriburu en los momentos definitorios de la sonada cívico-militar. Tuvo además una importante intervención al difundir entre los alumnos de la Escuela Superior de Guerra un plan de acción altamente convocante entre la oficialidad. Potash subrayó algunos de los puntos más importantes del mencionado proyecto en los que se destacaba que el movimiento se hacía contra los hombres, no contra las instituciones. De tal forma se preveía una pronta vuelta a la normalidad mediante una rápida convocatoria a elecciones en las cuales sólo estarían excluidos los miembros del gobierno. Horas antes de poner las tropas en la calle, Uriburu aceptó los términos del proyecto de Sarobe, pero no transigió en cambiar el equipo de gente que lo secundaría en el gobierno provisional ni en poner una fecha estimativa para la duración del mismo. Recién después de este acuerdo se abrió el juego a los partidos que se comprometerían con la asonada: la Unión Cívica Radical Antipersonalista, los conservadores y el Partido Socialista Independiente.

Los comienzos de la cuenta regresiva

Desde mediados del año 29 se percibieron en el país las primeras manifestaciones de la crisis económica internacional. Durante los primeros meses del año 30 se registró una importante declinación del comercio exterior que se tradujo en un descenso general de la actividad económica y la consecuente desocupación. Todos nuevos factores que generaron preocupación, tensión y descontento en la opinión pública. Potash comenta que el Senado bloqueó iniciativas del gobierno tendientes a ampliar el ámbito de intervención del Estado para controlar la crisis. En realidad el Congreso había dejado de ser operativo como cuerpo legislativo y en esto cabía también la responsabilidad a los legisladores yrigoyenistas. Comenzaba el mes de agosto y el golpe se ponía en marcha. El día nueve los legisladores del partido Socialista Independiente y de algunas agrupaciones conservadoras provinciales dieron a publicidad un manifiesto que expresaba la voluntad de "coordinar la acción parlamentaria para exigir al poder Ejecutivo el cumplimiento de la Constitución Nacional; ... la correcta inversión de los dineros públicos..." Se proponían además difundir "...los actos ilegales del Poder Ejecutivo y del oficialismo [...] crear un espíritu cívico de resistencia [...] y admitir la adhesión de todos los ciudadanos que quieran para la República un gobierno constitucional y democrático..." A días de publicado, los

legisladores antipersonalistas adhirieron al documento. El 29 de agosto a través de las columnas del diario Crítica Manuel Carlés pedía al presidente su renuncia y al día siguiente durante la inauguración de la muestra anual de ganadería en la Sociedad Rural Yrigoyen era objeto de una silbatina de proporciones. Los disturbios callejeros entre grupos radicales y nacionalistas, estudiantes y policías cobraron una primera víctima que contribuyó a decidir a la opinión pública por un gobierno que impulsara orden. Dentro del grupo más allegado al presidente también se estaba especulando con la posibilidad de su renuncia y testimonios posteriores confirmaron que no fueron pocas las intrigas que paralizaron las posibilidades de reacción del equipo gobernante.

"Nos envuelve una atmósfera revolucionaria..."

La frase precedente fue incluida en una crónica de La Razón pocas semanas antes del golpe. "Todos creen en el levantamiento - explica el historiador Roberto Etchepareborda al describir la situación - menos el presidente Yrigoyen quien de ninguna manera puede concebir que se le pueda hacer una revolución". Los esfuerzos del general Luis Dellepiane, ministro de guerra, por impedir la intentona son vanos. No obtiene apoyo y termina presentando su renuncia el 2 de septiembre: "No soy político y me repugnan las intrigas que veo a mi alrededor - decía - he visto y veo alrededor de VE pocos leales y muchos intereses..." La declinación de la popularidad del gobierno se advierte en esas jornadas: en las calles, se producen choques entre estudiantes y otros activistas y la policía y desde diversos sectores se reclama públicamente la renuncia de Yrigoyen. En tanto las negociaciones entre los militares conspiradores anudaban la alianza entre los seguidores de Uriburu y los de Justo. (Esto provocó ajustes de último minuto en el texto del manifiesto revolucionario, que había sido escrito originalmente por Leopoldo Lugones). El día 5, finalmente, Yrigoyen delega el mando por razones de salud en el vicepresidente Martínez. Este intenta adoptar algunas medidas pero ya es tarde.

6 de septiembre: "¡aquí no manda nadie más que yo!"

El movimiento comienza en horas de la madrugada dirigido por los generales Uriburu y Justo. Mientras fuerzas policiales realizan arrestos y allanamientos tratando de conjurar a los golpistas, grupos de civiles armados se incorporan a algunas guarniciones para empezar las operaciones contra el gobierno. El Colegio Militar, la base de El Palomar y otros puntos son centro de la conspiración. Aviones militares sobrevuelan la ciudad plegados al pronunciamiento y arrojando volantes. En diversos cuarteles - como en Campo de Mayo- la tentativa rebelde fracasa; en los buques de guerra de la 1ª y 2ª divisiones navales, surtos en Puerto Nuevo, parte de la oficialidad se pliega al golpe y otra permanece leal a las autoridades; por una hora existe la posibilidad de un enfrentamiento entre marinos rebeldes y leales. También permanecen del lado gubernista los regimientos 1 y 2 de infantería de Palermo. Con el correr de las horas, sin embargo, la mayor decisión de los revolucionarios y las

vacilaciones de las autoridades legítimas impedirán una acción defensiva eficaz. Los leales terminarán en la inacción o plegándose al movimiento. A media mañana la principal columna rebelde sale del Colegio Militar hacia Plaza de Mayo: la integran cadetes y tropas de esa institución y de la Escuela de Comunicaciones; en las calles de Buenos Aires se producen manifestaciones opositoras con creciente número de participantes y choques con la policía. Sobre la marcha el jefe revolucionario intima telegráficamente al gobierno a rendirse invocando el respaldo de más tropas de las que efectivamente lo siguen: "... Debo encontrar a mi llegada su renuncia. Les haré responsable de la sangre que llegue a verterse para defender a un gobierno unánimemente repudiado por la opinión". Alentadas por multitudes de opositores entusiastas y sin más oposición que algunos tiroteos esporádicos, las tropas de Uriburu arriban alrededor de las seis de la tarde a la Casa de Gobierno, donde flamea una bandera de parlamento. Grupos civiles invaden la sede donde Uriburu encara al vicepresidente Martínez: una crónica de la época pone en boca del general sublevado una inapelable intimación: "¡Aquí no manda nadie más que yo, doctor Martínez, necesito su última palabra y dese cuenta de la gravedad de la situación!". El presidente en ejercicio dimite.

Yrigoyen: "renuncio en absoluto..."

Mientras el gobierno se desmoronaba, el anciano y enfermo Yrigoyen acompañado por su médico personal y unas pocas personas se alejó de la ciudad rumbo a La Plata. La última posibilidad de organizar un contragolpe se diluyó ante la actitud desfavorable de la guarnición local. Finalmente el viejo caudillo se presentó en el cuartel del regimiento 7 de infantería y a las 19.30 redactó una escueta renuncia dirigida "Al señor jefe de las fuerzas militares de La Plata". "Ante los sucesos ocurridos - se lee -, presento en absoluto [subraya estas tres palabras] la renuncia del cargo de Presidente de la Nación Argentina. Dios guarde a V." En la Capital la edición de la tarde del popular vespertino *Crítica* exaltaba el golpe con dibujos alusivos y un titular que proclamaba "Revolución". Esa noche grupos exaltados asaltaron y saquearon la vivienda de Yrigoyen en la calle Brasil arrojando a la vereda algunas de sus modestas pertenencias. Las nuevas autoridades confinaron a Yrigoyen en una nave de guerra de la Armada y más tarde en la isla de Martín García.

"Respondiendo al clamor del pueblo..."

El Manifiesto Revolucionario emitido el 6 de septiembre invocaba la voluntad popular y atribuía al gobierno atacado los mayores males, advertía sobre el ejercicio de la libertad, declamaba altos y desinteresados propósitos y, paradójicamente, invocaba el respeto de la Constitución: "hemos asistido al proceso de desquiciamiento que ha sufrido el país en los últimos años [...] La inercia, la corrupción administrativa, la ausencia de justicia, la anarquía universitaria, la improvisación y el despilfarro en materia económica y financiera, el favoritismo deprimente como sistema burocrático, la politiquería como tarea primordial del gobierno, la acción destructora y denigrante

en el Ejército y en la Armada [etc.] [...] tratará el Gobierno provisorio de respetar todas las libertades, pero reprimirá sin contemplación cualquier intento que tenga por fin estimular, insinuar o excitar a la regresión. La medida de la libertad queda, pues, librada al espíritu patriótico de los ciudadanos y al buen sentido de los habitantes [...] No nos anima ni nos mueve ningún interés político, no hemos contraído compromisos con partidos o tendencias. Estamos, por lo tanto, colocados en un plano superior y por encima de toda finalidad subalterna [...] El Gobierno provisorio, inspirado en el bien público [...] proclama su respeto a la Constitución y a las leyes fundamentales vigentes y su anhelo de volver cuanto antes a la normalidad [...] los miembros del Gobierno provisorio contraen ante el país el compromiso de honor de no presentar ni aceptar el auspicio de su candidatura a la Presidencia [...] Invocamos, pues, en esta hora solemne, el nombre de la Patria y la memoria de los próceres [...] y en alto la Bandera hacemos un llamado a todos los corazones argentinos..." Lo firmaba Uriburu en su doble carácter de "Comandante en jefe del Ejército y presidente del Gobierno provisorio." El tono fundacional y muchos de sus conceptos se convertirían en lugares comunes a lo largo de medio siglo de inestabilidad institucional.

Gabriel A. Ribas, María Cristina San Román

Bibliografía

- BAYER, O., Severino Di Giovanni., el idealista de la violencia. Buenos Aires, Legasa, 1989.
CHURCHILL, WINSTON S. Se cierne la tormenta. Buenos Aires, Peuser, 1957.
BARBERO, M. I. y DEVOTO, F.. Los nacionalistas, Buenos Aires, CEAL, 1983
BUCHRUCKER, CRISTIAN, Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955), Buenos Aires, Sudamericana, 1987
FLORIA, CARLOS, Pasiones nacionalistas, Buenos Aires-México, 1998
ETCHEPAREBORDA, ROBERTO. Yrigoyen, Buenos Aires, CEAL, 1983, 2 vol.
ETCHEPAREBORDA, ROBERTO: "Aspectos políticos de la crisis de 1930", Revista de Historia n°3- Buenos Aires, 1° Trim. 1958.
FODOR, J. y O'CONNELL, A., "La Argentina y la economía atlántica en la primera mitad del siglo XX" Desarrollo Económico, n° 49, abril-junio de 1973.
HOBSBAWM, ERIC. Historia del siglo XX. Barcelona, Crítica, 1995.
ORONA, J. V.: "Una logia poco conocida y la revolución del 6 de setiembre", Revista de Historia n°3- Buenos Aires, 1°. Trim. 1958.
PASSALACQUA, E. H.: "El yrigoyenismo 1916-1930", Todo es Historia No 100. Buenos Aires, Sept. 1975.
RAPOPORT, M.[comp.], Economía e Historia, Buenos Aires, Tesis, 1988.
RIBAS, G. A. y DOS SANTOS, D. Crónica de Medio Siglo. Dirigida por... Buenos Aires, Ediciones Medio Siglo, 1983.
ROCK, DAVID. El radicalismo argentino. 1890-1930. Buenos Aires, Amorrortu, 1992.
ROUQUIE, A., Poder militar y sociedad política en la Argentina. Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.
SAROBE, JOSÉ M. Memorias sobre la revolución del 6 de setiembre. Buenos Aire, Gure, 1957.

4